XXIII.

Fué un espléndido día, el día 30.

Heló fuertemente en la madrugada, pero el sol apareció tras las montañas en un cielo de un azul purísimo. Sin embargo, continuó sobre el campo el sombrío espectáculo del desastre, y los mismos contornos tristes de las casas arruinadas y la iglesia en escombros, ardiendo silenciosamente, vomitando negras humaredas, hirió la imaginación del oficial predisponiéndole más que nunca á la tristeza. Esa mañana después de almorzar unos trozos de carne de res con papas cocidas y un poco de café caliente, comprado carísimo á las viejas soldaderas, fué al mando de 20 hombres á hacer algunas excavaciones en la iglesia, donde creìase encontrar el tesoro de Cruz.

Solo cadáveres horriblemente aplastados bajo las piedras, campanillas, viejos papeles y trozos de metal se encontraron.

Allá en el *cuartelito*, otra fagina removía también los escombros, hallando cadáveres de hombres, mujeres y niños, carabinas, fusiles, bayonetas, pistolas y un prodigioso número de cartuchos quemados. Se encontró también un kepí de teniente coronel.

Se pudo reconocer sobre las paredes de las destechadas casas las huellas del plomo de los proyectiles, y los anchos boquetes abiertos por el cañoncito, pudiéndose comprender perfectamente la inutilidad de sus descargas sobre a-

quellos durísimos adobes.

Dado el nùmero de granadas y botes de metralla lanzados, sólo un pequeñísimo número habìan hecho efecto sobre el pueblo ¡Ah! lo más terrible, lo que causaba dolorosísima impresión en el ánimo, eran los destrozos y extragos del incendio que sólo dos casas había respetado!

La lenta combustión de los cadáveres continuaba en todos sus detalles siniestros. El viento llevaba las cenizas y avivaba las llamas de las fúnebres hogueras, en torno de las que vagaban, gruñendo sordamente, cerdos voraces que se cebaban en los trozos de carne aun intactos por el fuego.

Tanta repugnancia causaba aquel espectáculo que las *viejas* ya no guisaban con manteca de puerco, ni comían su carne.

En cambio, flacos, mohinos y azorados vagaban los perros, de casa en casa, aullando dolorosamente y huyendo despavoridos en cuanto veían acercarseles los soldados, que muy afectos à estos animales les arrojaban carne, que desdeñaban, no obstante el hambre que los devoraba.

La casa que ocupaba la fuerza del 9º Batallón, era la de Reyes Dominguez, fuera del nùcleo del cacerío.

Se la había respetado, porque este fué uno de los pocos que no siguieron la causa de Cruz Chávez, de quien era cuñado; pues estaba casado con una hermana de aquel.

Reyes hacía mucho tiempo que se encontraba en Guerrero con su familia y un viejo francés que había sido maestro de escuelà en Tomochic.

En cuanto supo el desastre, muy favorable para él, se trasladó en día y medio á su casa, donde por supuesto se encontrò sin su ganado y sin los granos que tenía alma-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

cenados.

En el fondo del patio, donde estaba la habitación, se instalaron los oficiales, tendiendo en los ladrillos cueros de res, zaleas y cobertores; y como en la tarde habían llegado otros de los demás cuerpos, un capitan de nacionales, entre trago y trago de enorme botella de sotol *puso el monte para que se divirtieran los muchachos*, como él dijo.

Formóse una gran rueda en el suelo; sobre un cobertor morado, arrodillados unos, á la turca otros y muchos recostados, los oficiales ante las cartas de los albures se acaloraron, dejando y recogiendo billetes, segun la suerte se les presentaba, entre los gritos de las disenciones y disputas, allá en el fondo del cuarto invadido por azul y espesa nube de humo de cigarros y puros.

—"¡As de copas á la puerta viejo!"

—¡Carámba, que suerte tiene el poetastro!

—¡Aquí me falta un peso que iba á la *vieja*, mi Capitan —y Castorena extendió imperiosamente la mano.

El capitan, un charrote de cara de bronce, le arrojò un billete.

—Pongan claro su dinero señores, el dinero habla—y el juego siguió.

Miguel en pié, había jugado algunos billetes que había perdido, así es que se retiró, yendo á pasear fuera de la casa, esperando que fueran las seis de la tarde para entrar de guardia.

En el patio la tropa estaba muy contenta y descansaba, charlando y comentando los ùltimos acontecimientos, al lado de sus mujeres.

A las cinco de la tarde volvió el campamento á conmoverse con el espectàculo de la procesión de las mujeres y

niños que fueron trasladados á la casa de Reyes Dominguez: en la puerta del cuarto que ocuparon se apostó nuevamente un centinela.

Después de pasar revista á los doce hombres que debían entrar de guardia, Mercado relevó el servicio á las seis de la tarde.

A las cinco había llegado un correo de Guerrero, el que traía entre otras cosas, correspondencia particular para algunos oficiales.

Eran las siete de la noche, cuando un capitán le entregó una carta.

Al ver el sobre quedó consternado. Era letra de su madre.

Lo rompió temblando y acercándose á un farol, puesto sobre una gran piedra, cerca de la puerta, á su luz semi rojiza y escasa leyó, inclinándose un poco:

"Octubre 19 de 1892.

"¡Ojalá que el cambio de guarnición te alegre un poco y sanes de tus enfermedades! Dicen que Chihuahua tiene un temperamento muy sano.

"Pensaba no escribirte para no amargar mas tu vida, pero es preciso que te comunique que soy muy desgraciada y que no me pertenezco; que Leandro arrepentido ha vuelto y me lleva lejos de México, al extranjero, ¡quién sabe dónde! Sé bueno y perdona à tu madre que te quiere con toda su alma.

"Piensa en Dios, único consuelo de los que sufren..... ora y ten fé.

Tu madre

ANGELA."

El infeliz Miguel preso de horrible vértigo experimentó un ánsia infinita, se le oprimió el pecho, se le nublaron

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

los ojos y sollozó. Sollozó en un rincón del portal, tras del centinela de la puerta, anonanado por aquel golpe terrible. ¡Ya no había nada en el mundo! Todo era falso en la vida....la realidad era horrible....su misma madre lo abandonaba voluntariamente....dejándolo solo....

¡Sòlo! ¡Qué siniestra palabra! Ella reasumía todo el infortunio de su vida desventurada, encerraba la amargura, el desencanto, el tedio infinito á que se vería perpetuamente condenado!

Mucho tiempo permaneció así, abismado, sin comprender nada de lo que pasaba á su alrededor; después fué preciso sobreponerse y tuvo al fin conciencia de su situación.

Salió al campo para refrescarse, paseándose ante el cuerpo de guardia, carabina en mano, como se prevenía para el servicio.

Un grupo de oficiales charlaban afuera con el propietario de la casa, Reyes Dominguez.

Se discutía el orígen de la sublevación de Tomochic, comentábase aquella violación de una muchacha por una autoridad de Guerrero; los impuestos excesivos; el cuadro mural de la iglesia que intentaba llevarse el Gobernador Carrillo; los atropellos de la soldadesca del primer destacamento y la ambición de algunos que atizaron los rencores del pueblo que empezaba á ser fanatizado por Cruz Chávez.

Después, Reyes contó al corrillo de Oficiales que le rodeaba, las costumbres de los tomochitecos, costumbres verdaderamente patriarcales. Eran excelentes labradores, comian sobriamente, casi no bebian alcohol, vestian muy bien, teniendo abrigos de telas americanas, para el frio. Como todos eran cazadores y algunos habian hecho la guerra á los salvajes, á nadie le faltaba su carabina y su par de cananas.

Se dejaban crecer el pelo y la barba, tenian ojos negros muy hermosos y casi todos eran altos y robustos.

Entonces la conversaciòn recayó naturalmente, sobre la manera como murieron los ùltimos que sacaron moribundos del cuartelito incendiado.

Los trasladaron del portal en que estaban en fila al llano, diciéndoles que rezaran porque los iban á fusilar; Cruz rogó que lo colocaran junto á su hermano; así lo hicieron.

Uno que apenas podía hablar murmuró:

—Cruz, Cruz....polvitos.

—Déle á Nicolás,—dijo Cruz à un soldado del 12°—Este le llevò un escapulario que contenía unos polvos de la Santa de Cabora.

Cerca de los moribundos estaban un capitan y un oficial del 5° Regimiento con un pelotón de soldados con las armas cargadas.

—¡Hínquese!—le dijeron al que estaba en un extremo, mientras un soldado acercándose alzò su carabina muy tembloroso.

—!No puedo!....Iba á incorporarse; pero el soldado á boca de jarro le disparò haciéndole pedazos el cráneo y chamuscándole los cabellos; el cuerpo rebotó quedando boca abajo.

En ese momento otro soldado hizo fuego sobre Cruz, el que si se pudo arrodillar; cayó de espaldas con el pecho atravesado, quedando con la boca abierta y los ojos viendo al cielo.

Al ùltimo que fusilaron le dieron dos balazos, porque al soldado le temblaba tanto la mano, que á un paso apun-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

tándole al pecho le hirió en el estomago; el tomoche recostado, dió un salto y gritó:

—¡Viva el poder de Dios!

Después le volvió á disparar metièndole la bala en la cuenca del ojo.

¡Asì refirió un teniente la muerte de los últimos *tomoches*!

Miguel estremecido, se apartó del círculo de oficiales, y paseándose meditó silenciosamente en el enorme desastre de aquella tragedia colosal, desarrollada en un hueco de la Sierra Madre, en medio de una República.....en plena paz.

¿Quién podría nunca sospechar en lo de adelante, lo inmensamente trágico del nombre de TOMOCHIC, oscuro caserìo perdido en las soledades de Chihuahua y casi desconocido hasta entonces?

Las cifras que los oficiales del estado mayor apuntaban, eran de una dolorosa elocuencia, y no obstante, era fácil dudar de su exactitud. Aplicando el tanto por ciento de muertos y heridos en aquella pequeña pero terrible y sangrientísima campaña, á cualquiera otra mayor en escala, hubiera resultado algo que hubiese helado de pavor. De más de mil hombres no restaban ni cuatrocientos! De más de cien tomochitecos hábiles para tomar las armas, no quedaba ni uno!

Sobrevivían solamente del desventurado pueblo, 114 mujeres y niños. Infinidad de cadáveres de éstos se habían hallado en los escombros humeantes de la iglesia y de algunas casas.

Miguel, aterrado ante estas consideraciones, continuaba paseando, á la luz de la luna que resplandecía en la mitad de un cielo azul oscuro.

Sus compañeros se habían retirado á causa del frío ya intolerable, y él quedó solo ante la puerta cerrada tras de la que estaba el cuerpo de guardia.

El oficial tenía á su frente el valle inmenso y solitario, como una ciudad mortuoria en la que brillaban tristemente las hogueras en que ardían los cadáveres.

En las habitaciones ocupadas por las desgraciadas familias, se oia, como siempre, el vago rumor de los sollozos de los niños y las voces débiles de los viejos que rezaban por las almas de los muertos.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.